

El marqués d'Hervey de Saint-Denis.

I

Entre los libros más interesantes sobre los fenómenos del sueño que se puedan encontrar, el del marqués d'Hervey de Saint-Denis es, sin duda, de los que mejor pueden servir de punto de comparación para un contralor de observaciones personales. Por lo que a mí toca, puedo asegurar que en ningún otro autor he encontrado mayor número de particularidades semejantes a las de mis propios sueños, y no es en algunas visiones provocadas por el opio y que están en la corta parte que a los sueños dedica en sus *Confesiones* el célebre Quincey.

Se ha hecho a d'Hervey de Saint-Denis el reproche de ser demasiado literario en sus páginas; pero hay que notar que él no escribió exclusivamente para profesores y sabios, y aun entre éstos los hay que cuerdamente juzgan no ser un inconveniente para la ciencia la corrección y elegancia en exponerla. Y el soñar, después de todo, no pertenece a un mundo en que la experimentación misma necesita de alas; Saint-Denis era desde luego más que un exclusivo sabio. Fuera de ser un historiador y un sinólogo eminente, era un poeta. Y he aquí por qué con algo de la mentalidad poeana empleó la observación a un mismo tiempo de una manera lógica y, diremos así, poética. Pero en general su trabajo puede contarse entre los didácticos, puesto que fué escrito cabalmente para el concurso que abrió la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Sección de Filosofía, en 1855, si bien no se sujetó al plan presentado por la Academia, como no lo hicieron otros concurrentes, entre los cuales el que logró el premio, M. Albert Lemoine. Por todo, fueron siete las Memorias pre-

sentadas. Es instructivo a este respecto ver la relación del encargado de la Sección de Filosofía, M. Lelut. Las bases del tema del concurso eran las siguientes: «Del sueño desde el punto de vista psicológico. ¿Cuáles son las facultades del alma que subsisten o que quedan suspendidas o considerablemente modificadas durante el sueño? ¿Qué diferencia esencial hay entre soñar y pensar? Los concurrentes comprenderán en sus investigaciones el sonambulismo y sus diferentes especies. En el sonambulismo natural, ¿hay conciencia e identidad? El sonambulismo artificial, ¿es un hecho? Si es un hecho, estudiarlo y describirlo en sus fenómenos menos negables, reconocer las facultades nuestras que toman parte, y ensayar dar de ese estado de alma una teoría, según las reglas de un sano método filosófico.»

La manera como desarrolló Saint-Denis tales temas, apartándose del formulario, indican una plausible libertad de espíritu y demuestran a un propio tiempo cómo había en él un precursor de la psicofisiología más moderna. En primer lu-

gar, se refiere a su método en el trabajo que presenta, y a los puntos principales que se han de desenvolver en la obra. Después pasa en revista los antiguos que desde Aristóteles se han ocupado en los sueños. Aquí explica también su teoría, y expresa algunos pareceres sobre sus observaciones personales. Luego expone y narra, adelantándose a algunos, y un poco después de Quincey, un sueño provocado por un narcótico. Que el libro del marqués es de gran mérito, es indiscutible, y en nuestros mismos días un autor como el malogrado Vaschide ha dicho: «Experimentalmente las investigaciones del marqués d'Hervey quedarán en la serie de nuestros esfuerzos por el conocimiento de la psicología de ese fenómeno que ocupa la tercera parte de nuestra vida: el sueño; ellas deben ser repetidas, confirmadas, completadas, y sobre todo conocidas. La Psicoterapia será la primera en sacar mayor provecho de esos análisis y de esas conclusiones, tan imperiosas como lógica y científicamente conducidas.» No llegaba el marqués a una conclusión que tenía por principio una frase

de Pascal: «Si soñáramos todas las noches la misma cosa, ¿ella nos produciría la misma impresión que los objetos que vemos todos los días?»

Nil nove sub nocte... He de confesar que cuando me di a escribir mis anotaciones sobre mis sueños, creía que nadie se había ocupado nunca en semejante tarea, por lo menos metódicamente y por algún tiempo. Ciertamente existe la obra de Artemidoro de Éfeso, que en la Biblia hay sueños descritos y en señalados autores antiguos y modernos, como en un capítulo de las *Choses vues*, de Hugo; pero yo no había visto nunca, hasta el modernísimo tomito de *Cuentos de los ojos cerrados*, de Séché, un libro dedicado exclusivamente al análisis y exposición de los propios sueños y pesadillas. El libro del marqués d'Hervey tiene para mí la particularidad, como ya lo he hecho notar, de que en él encuentro muchas de mis impresiones, visiones y sensaciones sómnicas. Hay también que el marqués no solamente escribía, sino que dibujaba e iluminaba sus sueños.

Cómo comenzó, lo dice él mismo refiriéndose

a cuando tenía apenas quince años: «Me vino un día la idea de *croquer* el recuerdo de un sueño singular que me había vivamente impresionado. Pareciéndome el resultado divertido, pronto tuve un álbum especial en donde la representación de cada escena y de cada figura fué acompañada de una glosa explicativa que relataba cuidadosamente las circunstancias que habían precedido o seguido a su aparición.» Así se creó una disciplina mnemónica que le hacía retener mejor sus recuerdos oníricos y constituyó su trabajo excelente. Así llegó al convencimiento de que todas las noches se sueña, y que cuando se despertaba creyendo no haber tenido en toda la noche un solo sueño, era que había, de seguro, perdido toda la noción de él. Hay algo que Vaschide señala y que por mi parte encuentro muy semejante a lo que a mí me sucede. El marqués d'Hervey, con esa gimnasia cerebral llegó a poder pensar en sus sueños durante el momento de estos mismos, y hasta cuando quería, precipitar el desarrollo en la dirección que quería darle. Yo no he logrado tanto; pero sí

continuar el hilo de un sueño interrumpido, con tal de que no pase mucho tiempo en volver a dormirme. Más adelante aprovecha d'Hervey, como Victor Hugo, para sus versos o pensamientos, el momento de despertar, y para ello cuida de tener a la mano, en la mesa de noche, papel y lápiz. Así la cerebración se aprovecha reciente, antes de que se borre del todo en el misterioso cinematógrafo mental.

Con tal sistema, seguido escrupulosamente durante cinco años, recogió copiosos resultados (veintidós cuadernos con sus dibujos y glosas), no sin su parte de padecimiento: «Me daban dolores de cabeza, y creí deber interrumpir mis lucubraciones nocturnas; pero habiéndome devuelto la salud un relativo reposo de espíritu, sin alterar esta facultad definitivamente adquirida, de observarme soñando, y habiendo pasado después veinte años, hay que admitir, me parece, que yo había simplemente experimentado, en lo moral, lo que experimentan en lo físico los que desarrollan por una gimnástica violenta los tan grandes recursos del cuerpo humano; en

lugar de miembros adoloridos, era una fatiga momentánea del espíritu lo que sentía. Ahora bien: si tengo inclinación a creer que había organismos rebeldes a los hábitos psíquicos a que me he acostumbrado, como los hay asimismo incompatibles con el ejercicio del trapecio y del trampolín, no quedo menos persuadido de que, persistiendo, como yo lo he hecho, desde la edad en que la naturaleza se presta tan complacientemente a todo lo que se exige de ella, buen número de personas llegarían a dominar, como yo, las ilusiones de sus sueños, resultado inesperado sin duda, pero de ninguna manera mórbido ni anormal.» Vaschide ha hecho un estudio sobre los trabajos d'Hervey, en el cual encuentro muy afinadas notas.

«El análisis de los sueños — dice — interesa al autor, sobre todo cuando, acordándose de sus sueños, él descubre los problemas que semejantes estudios despiertan a todo pensamiento curioso de penetrar un poco más en ese dominio extraño de los fenómenos «psicocorporales», como él los llama. Con el tiempo, su modo de

observación evolucionó. Le sucedió una noche soñar que escribía sus sueños; al despertar no había tenido conciencia de esa situación tan particular. La idea de la pena por ello le persiguió durante muchos días: cuando el mismo sueño volvió, con la modificación, bastante curiosa desde luego, de que las ideas accesorias ocupaban el papel principal. Tuvo, según él, la impresión exacta de que soñaba, y sobre todo de que podía encarar las particularidades de la trama onírica, hasta fijarlas mejor y conservar el recuerdo. Este nuevo método llegó a ser el único que le interesara. Tuvo el sentimiento de su situación real «en el sueño», situación de sujeto y de objeto a un tiempo mismo, en la noche 207 *a* de su diario; la segunda vez en la 214 *a*. Seis meses más tarde el hecho se reproducía dos veces en cinco noches; al cabo de un año, tres veces en cuatro noches, y quince meses después ello fué casi cotidianamente; y después le sucedió que casi no se entregaba a las ilusiones de un sueño «sin encontrar, al menos por intervalos, el sentimiento de la realidad».

II

Hace poco os he hablado de Grandville, a propósito de sus dibujos de sueños. Vaschide recuerda, si no los mismos de que yo he tratado, una, digamos así, constitución de sueño en vigilia o encadenamiento de relaciones, en una «serie graduada de siluetas que comienzan por la de una bailarina y concluyen por la de una bobina que gira furiosamente». De este género son *Crimen y expiación* y el *Viaje en el cielo*. Son un ejemplo que afirma el siguiente postulado: «Un elemento que contribuye a la confección de esas monstruosidades, de esos resultados tan inconcebibles al primer momento, es la abstracción, esa disposición curiosa de nuestro espíritu. En resumen, todos los sueños deben necesariamente relacionarse en uno de los dos fenóme-

nos siguientes: 1.º Desarrollo natural y espontáneo de una cadena continua de reminiscencia.— 2.º Intervención súbita de una idea aparte de aquellas que formaron la cadena por consecuencia de alguna causa física accidental.» Pero veamos antes cómo d'Hervey define el sueño, considerando que para él tienen el mismo significado las palabras *songe* y *rêve*, no siendo, a mi entender, lo mismo, como no significan en castellano lo mismo *sueño* que *ensueño*. «El sueño, *rêve*—dice d'Hervey—es la representación a los ojos de nuestro espíritu de los objetos que ocupan nuestro pensamiento.» Un análisis de tal definición nos llevaría a demasiada metafísica. No solamente tiene que ver el sueño con los objetos, sino con abstracciones e ideas que están más allá de nuestros inmediatos conocimientos. Por ello tiene su hondura la frase ciceroniana: *Dormientium animi maxime declarant divinitatem suam*.

D'Hervey, en su apreciación sobre el poder mnemónico, se diría que preveía el cinematógrafo, cuando habla de vidrio con el colodión,

que guardan continua e «instantáneamente la impresión de las imágenes proyectadas sobre él por el objetivo de la cámara obscura». Hay la *trouvaille* del *cliché-souvenir*, que Vaschide desarrolla de paso: «Esos *clichés-souvenirs* constituyen uno de los elementos fundamentales de la teoría del sueño. Cuando el recuerdo de las imágenes proyectadas en el ensueño no es completamente neto, hay que achacarlo a la imperfección del sueño. La naturaleza de los clisés-recuerdos es un elemento considerable. La vida múltiple modifica continuamente esos clisés-recuerdos. La imaginación humana que corre, que se cierne, que inventa lo desconocido, en la medida de esta creación de lo nuevo, lo encuentra continuamente en el ensueño. Por otra parte, imaginar es combinar, valerse de la memoria y, por lo tanto, de esos clisés-recuerdos. Entre soñar y pensar, no hay sino una diferencia: la confirmación por la vida real. La alucinación propiamente dicha no es más que el sueño de un hombre despierto. El sueño nos presenta todo el andamiaje de la construcción mental, que no se

percibe sino raramente en la vida real, la vida del pensamiento consciente, despierto para traducir exactamente el pensamiento de este autor.» La facultad imaginativa es la importante en el sueño; pero hay todavía un más allá de nuestra imaginación que contradice el principio de que nada hay en nuestro intelecto que antes no haya pasado por nuestros sentidos. Antes he insinuado en d'Hervey alguna relación poeana; es más bien wellsiana, como debía haber dicho, lo que no disminuye la gota de poesía, esto es, de creación.

Nuestros sueños no son tan sólo combinaciones de cosas y sensaciones conocidas. Todo depende, según Vaschide, de la manera con que se puebla nuestra memoria. Todos hemos podido entrever en el ensueño cosas para nosotros desconocidas, con el mayor brillo y exactitud, y no gracias a la imaginación. «El ignorante que no sabe ni tener el lápiz en la mano, puede llegar a ser de repente, gracias al sueño, un artista incomparable: él inventa, crea, ejecuta, sin ser en el fondo capaz de nada semejante.» Esto de-

mostraría la identidad a ese respecto entre el sueño y ciertos estados hipnóticos. Y en cuanto a la imaginación, ¿qué es, en su esencia, la imaginación, como no sea, perogrullescamente, la facultad de imaginar? No hay sino mucha profundidad en la afirmación antigua del ocultismo, de que todo lo que imaginamos, así sea lo más extraordinario y raro, existe. Y es muy posible que nuestro yo, en la libertad del ensueño, disponga, si no de sentidos, de facultades ignotas que no puede ejercer en la pesadumbre de la vigilia.

Si Piranesi pintaba tan prodigiosas arquitecturas que dan una idea de cómo pictóricamente pueden transponerse las visiones sómnicas, ¿cuál no sería el poderío y el desencadenamiento de su ilusión durante el sueño? Vaschide, al tratar de d'Hervey, aparta deliberadamente lo que no ha llegado a los inmediatos y comunes conocimientos. Lo sobrenatural, afirma, no podría tener ningún papel en esas prácticas observaciones. ¿Por qué? Porque en la apretadísima ciencia de laboratorio, en cuanto se tiende la vista más allá

de los anteojos, sobreviene la negación... De allí, en estos últimos días, el antibergsonismo. Pero volvamos a nuestras psiquis.

Un día encuentra d'Hervey en la pared de un corredor una vieja caricatura, en que reconoce los rasgos y las vestiduras de un fantasma que se le había aparecido en sueños dos años antes. Entonces recuerda que un año antes de su sueño había visto ligeramente dicha caricatura. Poder de la memoria o archivo de clisés. Pero cuando en sueños ve en perspectiva a Bruselas y su iglesia de Santa Gudula, no es la memoria lo que obra. A mí me ha ocurrido, antes de haber venido a París, haber visto exactamente varios puntos de París, y sobre todo la torre Eiffel, con detalles y particularidades que ningún grabado de periódico ni descripción me hubieran podido dar a conocer antes. Yo he visto también en sueños, con toda la exactitud de la realidad, una ciudad de la India, Delhi, que no conozco, y que, Dios mediante, he de confrontar algún día con la ilusión o visión de mi sueño. Vaschide concentra: «La imagen del ensueño es la copia

de la idea. Lo principal es la copia, la substancia. La visión no es más que accesoria. Establecido esto, hay que saber seguir la marcha de las ideas, hay que saber analizar el tejido de los sueños; la incoherencia llega a ser entonces comprensible; las concepciones más fantásticas se tornan hechos simples y perfectamente lógicos. Hay una marcha a seguir en la manera en que el análisis debe proseguir en sus incursiones; los panoramas oníricos tienen sus senderos, y una atención bien sostenida impulsa a trepar, parece, aun en esos palacios encantados tan brillantes y tan emocionantes en su arquitectura, toda tejida de imágenes de sueños. No es verdad que todos los sueños tengan una explicación de las más lógicas, sabiéndolos analizar. Hay sueños cuyas manifestaciones no tienen explicación alguna por razonamientos científicos. La ciencia actual sola, no tiene cómo entrar por la puerta de cuerno. Con los paisajes vistos, cierto, puede la imaginación en libertad componer otros paisajes, y con las diferentes percepciones de lo conocido, crear escenas y desarrollar una ilación

de situaciones coherentes e incoherentes; mas hay sueños y sensaciones de sueños que no tienen comparación con lo que percibimos y conocemos en nuestra existencia habitual, y para explicar los cuales no encontramos, una vez despiertos, palabras ni maneras, no digo de explicar, sino de relatar. De mi experiencia particular, encuentro que no hallo cómo formular la sensación que tengo en algunas pesadillas cuando «algo», un ser ignorado, pero que pertenece al mundo de las finieblas, en forma de espectro, de monstruo antropomorfo, de cadáver animado, digamos, me toca, estrecha mi mano o simplemente me roza. Es algo — y ésta es una de tantas tentativas de explicación — como una sensación eléctrica, penosa y horrorizante al mismo tiempo; pero hay más, y eso no hallo expresarlo con vocablos. Así como los que han intentado pintar el ensueño, d'Hervey, Grandville y no recuerdo qué colaborador artístico del *Strand Magazine*, por mucho que hayan intentado y realizado, no exponen seguramente la visión somnífica exactamente tal como la han tenido.

Más de sueño «inexpresable» hay en ciertas esculturas egipcias, en algunos grabados antiguos, que Robert de Montesquieu llama «lentos de infinito», o en señaladas planchas de Odilon Rodon.

III

D'Hervey tiene un caudal de observaciones inapreciables para los «sabios», para los hombres de ciencia, más que para los curiosos de misterio e indagadores de invisible, como quien estas líneas escribe. Así son del mayor interés —y estudiosos como Vaschide han de ello aprovechado— lo referente al tiempo en el sueño; lo que trata de la atención y de la voluntad en los momentos oníricos. Sobre esto concreta el malogrado director adjunto del laboratorio de Psicología patológica en la Escuela de Altos Estudios: «Para modificar la trama de los sueños a nuestro deseo, hay que dirigirse a la acción combinada de la atención y de la voluntad. En el estado de vigilia se es siempre dueño de fijar su pensamiento, pero de una manera definida;

en el ensueño, la atención, al fijarse en un objeto señalado, tiene más sensible y más grande alcance. El sueño dado como ejemplo, es típico; los actos de voluntad y de atención están admirablemente reunidos; no los cito, por temor de alargar este análisis. Durante ese sueño, el autor (d'Hervey) ha tenido manifiestamente su libre arbitrio, pues se trataba de escoger entre dos caminos que se presentaban delante de él, y la asociación de ideas le había dado ideas adecuadas a la vía escogida por él. Él ha guiado realmente su sueño. Hay casos en que numerosos sueños escapan a la potencia de la voluntad, sobre todo cuando las imágenes evocadas son de naturaleza violenta. La voluntad obra no solamente en la dirección de los sueños lúcidos, sino también sobre los sueños incoherentes o apasionados. Los ejemplos abundan en el libro de d'Hervey de Saint-Denis, ejemplos de sueños con voluntad y atención, con voluntad bajo forma de deseo, con voluntad dirigente, con atención y voluntad; este último es de absoluto valor documentario. Resulta de esos sueños que

se puede cambiar bruscamente el curso de un sueño y evocar las imágenes que os placen. El pensamiento puede hacer renacer la trama de los sueños, a condición de aplicarse. > Experiencias de otros autores están en sentido opuesto al de esta afirmación. Ocurriré a mi contralor personal. Tan solamente una vez, de todas las que recuerdo, he podido renovar el escenario de un sueño, grato desde luego. La persona evocada momentos después de la intervención del sueño, volvió a aparecer en condiciones más o menos semejantes a la de la escena que incitase mi deseo, pero no pude dirigir el curso de las escenas conforme con mi voluntad; ésta resultaba impotente ante algo imperioso del instante sómnico que ordenaba o desordenaba lo mismo que se presentaba en mi volición. Fenómenos inesperados, cambios feratológicos a la vista, que no me asombraban, por otra parte, transformaban caprichosamente en el torbellino de la fantasía inconsciente y desbocada, lo previsto y voluntariamente solicitado. En cuanto a d'Hervey, «la posibilidad de la reaparición vo-

luntaria, como por encantamiento, de una famosa irrupción de monstruos, dió valor al observador, y en las seis semanas siguientes, habiendo tenido diez y seis veces en el sueño la conciencia de su estado, pudo renovar la experiencia nueve veces, cambiando bruscamente el curso de la visión. Después, ya no cesó de dirigir sus sueños. Da como resultado las proporciones siguientes, obtenidas sobre un promedio de cuarenta y dos observaciones. Veintitrés veces el éxito fué completo, es decir, substitución inmediata de la imagen deseada; tres veces el resultado fué mixto, es decir, no completamente según sus deseos; cuatro veces, asociaciones de ideas inesperadas aparecieron en el momento de la mutación voluntaria de las imágenes — es esto lo más acostumbrado en mi caso, como se verá cuando exponga mis autobservaciones —; una vez la visión volvió a aparecer ante sus ojos cuando ya la creía apartada, y una vez la experiencia tuvo por resultado el despertamiento». De mí puedo decir que he llegado a un completo dominio de despertamiento, después de mu-

chos esfuerzos; pero siempre tengo que darme cuenta de que sueño, de que el sufrimiento que quiero evitar o cortar es una pesadilla. En seguida, con un enérgico esfuerzo, los ojos se abren y me doy cuenta de las escenas por que acabo de pasar.

Otras notaciones que encuentro idénticas a las mías en d'Hervey. Los arcanos de la memoria son «inmensos subterráneos donde la luz del espíritu no penetra nunca mejor que cuando ha cesado de brillar afuera. Que no haya asombro, pues, si se vuelve a ver en sueños, con una lucidez maravillosa, personas muertas o ausentes desde hace largo tiempo; si se vuelven a encontrar, con sus menores detalles, lugares que antaño se han visitado; si se vuelven a oír aires ha tiempo escuchados, y a ver páginas enteras que se han leído muchos años antes». Esta exactísima nota de Vaschide, por mí bien experimentada: «Existen sueños de los que guardamos la memoria de un sueño a otro.» Las observaciones concernientes a «la exaltación de la sensibilidad moral y de conceptividad intelectual en

sueños, y los trabajos del espíritu que se ejecutan soñando». Aquí d'Hervey trae reminiscencias de sus versiones del chino y de sus labores literarias. Luego cae en la oneiromancia, después de referirse a los trabajos mentales realizados en sueños. Siguiendo en mis referencias personales, yo recuerdo haber compuesto poesías soñando: en el sueño parecíanme admirables; una vez, ya despierto, logré recordar una parte de una de ellas, y me apareció incoherente. Otra vez soñé estar hojeando una obra mía, de poemas, ilustrada por Gustavo Doré.

Recuerdo de las ediciones que en mi adolescencia hojeara del *Quijote*, de *La Divina Comedia* y otras obras, ilustradas por Doré, y que me dejaron una imborrable impresión. Mas una vez despierto, no pude, sino en parte, reconstituir algo de lo leído en el lujoso volumen, y ello no tenía coordinación alguna.

En otro punto trata d'Hervey sobre la asociación de las ideas en el sueño, «la abstracción en la arquitectura de los sueños». «Las abstracciones son operaciones del espíritu tan frecuentes,

que será difícil, creo, analizar minuciosamente un sueño de cierta extensión sin descubrir varios. Sucede, por otra parte, algo con nuestros sueños como con esas mezclas químicas muy complicadas, en las cuales hay una infinidad de cosas combinadas. Lo esencial no es de reencontrarlas todas, sino de aislar aquellas cuya presencia se tiene algún interés en verificar.» Luego hay algo sobre las primeras ilusiones del sueño—lo propiamente hipnagógico—, los comienzos del soñar imágenes truncas, fragmentos, sensaciones, pequeños soles que giran, bolas de colores variados que aparecen y desaparecen rápidamente del campo visual; ligeros hilos de oro, de plata, de púrpura, de verde esmeralda se enrollan, se enlazan y que se dividen en mil formas geométricas, en su mayor parte regulares, semejantes, según d'Hervey de Saint-Denis, a esos finos arabescos que ornán los fondos de los cuadros bizantinos.

De esta multitud informe de imágenes, d'Hervey aparta las que están bien determinadas—pertenecen a la categoría de sueños ordinarios—.

Las de las alucinaciones hipnagógicas, que recuerdan los cohetes de los fuegos artificiales, han sido estudiadas cuidadosamente con documentos coloreados reunidos por el autor; en su libro publica algunas muestras. D'Hervey de Saint-Denis hace notar en su graduación de los colores las formas regulares de los elementos, coloreados o no, que componen esos croquis, y los compara a ciertas cristalizaciones naturales. Es ésta, a mi entender, una de las partes más interesantes y atrayentes de esa extraña obra. Yo no encuentro, por lo que a mí toca, palabras que puedan dar idea de algunas de las ilusiones hipnagógicas que yo he tenido y tengo frecuentemente, pues tocan a lo que podría llamarse fantásticomatemático, y ellas tienen demasiado que ver con mis preocupaciones de lo oculto. D'Hervey describe algunas de las suyas:

«Un humo blanco parece pasar como una nube espesa arrojada por el viento. Llamas se escapan por momentos, tan brillantes, que impresionan dolorosamente mi retina. Bien pronto han absorbido la nube; su brillo se ha suaviza-

do; se arremolinan, forman anchas cocardas, negras en el interior y anaranjadas hacia el borde exterior. Al cabo de un instante se entreabren gradualmente por el centro y no forman más que fino anillo dorado, una especie de marco en cuyo medio creo ver el retrato de uno de mis amigos.» Otra visión: «Un montículo color verde se dibuja en medio del campo que mis miradas interiores abarcan. Distingo poco a poco que es un montón de hojas. Hierve como un volcán en erupción; crece, se agranda rápidamente por fuerzas en movimiento que arroja. Flores rojas salen a su vez del cráter y forman un enorme *bouquet*. El conjunto dura su momento, muy netamente. Luego todo se desvanece.» Y así otras notaciones de igual fantásticopintoresco. El libro de d'Hervey es de los más raros sobre ese tema de misterio.